

¿Y para qué homenajear a un poeta
en tiempos de empresarios?

Un diálogo
nada imaginario
con Ramón Martínez Ocaranza

HUGO ENRIQUE SÁEZ

“¿Y para qué poetas en tiempos de indigencia?” es la pregunta que se hacía Hölderlin y que Heidegger reitera en su libro *Caminos de bosque*². Tiempos de indigencia son estos, en que los dioses han huido y nos han dejado a merced de los gobernantes. Una época en que los más altos funcionarios ni siquiera tienen una idea aproximada de lo que es un poeta, sino que siguiendo la senda trazada por anónimos organismos económicos internacionales recetan a sus países más economistas, más administradores, más ingenieros, más inversiones. El grito de guerra de sus carros bélicos se entona con música de Wagner, mientras ellos se dedican a decretar que cierren las escuelas para filósofos y poetas, y que sobre sus ruinas se erijan tugurios para albergar videojuegos o expendios de comida rápida con nombre en inglés, por supuesto. En ese contexto, nos hemos reunido en honor de un ausente muy vivo en nuestros espíritus, el poeta michoacano, de Jiquilpan, como el general Lázaro Cárdenas que lo becó para que estudiara en el antiguo colegio Nicolaita, Ramón Martínez Ocaranza.

Me imagino la risa franca y contagiosa de Ramón al tiempo que ironizaría al enterarse de esta mala idea de sus amigos: “¡un homenaje a mí! Mejor hagan una fiesta, como las que yo organizaba en mi casa de Morelia para honrar la primera rosa que en mi jardín anunciaba la llegada de la primavera”. Dicho esto, les voy a leer lo que he preparado para esta fiesta.

En primer lugar, quiero demostrar que el poeta representa una auténtica sabiduría, a menudo más necesaria que las formas consagradas de la ciencia y la tecnología. En segundo lugar, presento una oda a lo intangible que está presente en la obra de Ramón. Por último, a propósito de su poesía entrego algunas reflexiones sobre arte y sociedad.

Quizá muchos se aburrirán si comienzo con Kant, ese aburrido filósofo que nunca salió de su Königsberg natal y cuya principal utili-

dad social eran sus puntualísimas caminatas, las cuales serían para que los habitantes del pueblo pusieran los relojes en hora cuando él pasaba frente a sus casas. Sin embargo, pese a esas obsesiones metódicas tan rutinarias Kant meditó sobre algo tan creativo como el juicio estético. Con anterioridad ya había demostrado que el juicio científico, por poseer un valor universal, tenía que ser aceptado por cualquier individuo. También había construido una ética de valor universal fundada en un juicio que se presentaba como imperativo categórico: actúa de forma que tu conducta pueda convertirse en norma universal practicada por cualquier individuo sin lesionar a la sociedad. Todos estamos de acuerdo en que dos más dos es cuatro, pero no todos están obligados a compartir mi afición por la pintura de Paul Klee, por ejemplo. Tropezó entonces con una dificultad que lo llevó a escribir una tercera obra, la *Crítica del juicio*. ¿Qué pasa con el juicio que emito al decir “esto me gusta”? Los que estamos aquí reunidos podríamos afirmar: la poesía de Ramón Martínez Ocaranza nos gusta. Pero no es algo meramente agradable, como puede ser un adorno. Hay taxistas a los que les agrada colgar un zapatito de cobre en el espejo de su automóvil, actitud chocante para muchos. También nos agradan las comidas. En Morelia nunca dejó pasar la oportunidad cuando se trata de desayunar unos huchepos. No obstante, dudo que hubiera gente dispuesta a rendir un homenaje público a los huchepos, aunque lo merecen. En cambio, la poesía algo tiene que nos convoca más allá de la muerte y de las distancias. Por eso Kant distinguía entre el juicio de algo agradable y el juicio de lo bello, es decir, el juicio estético. El color verde pertenece a un objeto, por ejemplo, la campiña. Pero el gozo que despierta la contemplación del pasto húmedo no pertenece a un objeto, pertenece al sentimiento de un sujeto, el sentimiento de placer. El sentimiento de placer, sin necesidad de declararnos hedonistas seguidores de Epicuro, decía, el sentimiento de placer se siente por este color verde, por esta novena sinfonía de Beethoven, por estos versos que Ramón rescató del olvido que generan la indiferencia:

Las
armonías
siderales
son
cuentos
para idiotas.
Las palabras son bellas
por sus conceptos entrañables.³

El juicio estético nos arraiga en la singularidad de las cosas en medio de un mundo que sólo produce individuos y mercancías en serie. Hemos arribado, como sostiene Walter Benjamin, a la época de la reproducción sin límite de la obra de arte. Ahora mismo que utilizo una computadora para procesar este archivo, por encima de mi voluntad la máquina me sustituye las minúsculas del verso por mayúsculas y pretende cambiar Arquímedes por Arquímedes. El imperio del número abstracto y universal oprime la subjetividad, y ésta tiene una sola opción para renacer de esas cenizas: aferrarse a este otro mundo que crea la palabra y hacerlo suyo.

Despidamos a Kant con algunas de sus ideas que sirvieron para construir lo que podríamos llamar una oda a lo intangible. El sentimiento de placer y displacer de lo estético repercute en la subjetividad del individuo, y lo hace sentirse libre porque ese sentimiento no proviene de la materia física de un objeto. No necesito tocar las letras para que éstas me impacten en lo más íntimo. Lo que me impacta es la forma en que se dicen las cosas. Lo que me impacta es la palabra que está encerrada en un libro y que cuando lo abro y la pronuncio me remite a un mundo en el que no estoy solo, un mundo habitado por otros seres humanos que son personas más dignas que aquéllas que compiten como carniceros despiadados por arrebatar las mercancías a los demás o un espacio en el criminal tránsito de la ciudad. Hay una cierta unción en torno al arte. No me mueve el interés, me conmueve la solidaridad porque he llegado a un territorio que puedo compartir con otros.

Este poder de la palabra poética lo sintetizó muy bien Ramón en estas líneas.

No es lo mismo enfrentarse con el Teorema de Pitágoras que ya hace muchísimos siglos que ha sido demostrado a enfrentarse con una metáfora que el poeta es el único en inventar. En imaginar.

Arquímedes lloraba porque una palanca no le servía para mover a la conciencia.

Y los poetas lloran en el diario misterio de la conciencia con la palanca del conocimiento.

La física de Demócrito, con el Teorema de Pitágoras, pueden desembocar en una bomba atómica.

Pero una metáfora de un poeta terrible –todo poeta es terrible– puede conmocionar la conciencia del mundo en contra de la bomba atómica.⁴

Otro poeta, también terrible, un tal Jorge Luis Borges, al que últimamente le gusta cambiar de nombre, decía en una charla que escuché como adolescente: “hoy son viejas las noticias del diario de ayer, en cambio los versos de Homero siguen abriendo nuevas sensaciones cuando los oigo después de tantos miles de años transcurridos”.

Martínez Ocaranza sufrió cárcel y persecuciones. Después de cuarenta años las procuradurías siguen sin renovar su imaginación. Leer exclusivamente periódicos como La prensa debe de secarles “el cerebro”, como le gustaba alburear a Ramón. Una de las acusaciones que le endilgaron en aquel movimiento estudiantil de 1965 era haber secuestrado un camión de pasajeros al que conducía por la avenida Madero mientras invitaba a cuanto peatón veía para que subiera gratis. La catadura del poder es inmejorable. Si se trata de un poeta, se imaginan sus esbirros, entre sus pecados se cuenta el no tener criterio comercial. ¿Cómo se le ocurre recoger pasajeros gratis? La respuesta del reo al fiscal fue impecable: “Mira, cabrón, primero tendrás que demostrar que yo sé manejar, porque hasta de una bicicleta me caigo.” Aunque fue amigo de Neruda y compadre de José Revueltas, dos personalidades de izquierda muy diferentes entre sí, el poeta de Jiquilpan no tuvo lo que pudiéramos llamar una marcada inclinación por la poesía comprometida, que en muchos casos se diluye en la prédica moralizante. Su intuición le indicaba que el “realismo socialista” había sido un instrumento de dominación al servicio de Stalin. Hasta la séptima sinfonía del perseguido Shostakowitz le desagradaba, aunque había sido compuesta para exaltar la defensa soviética frente a la invasión nazi. La palabra tenía que ser rotunda, abrir un hueco en la vida cotidiana para que emergiera lo extraordinario. En suma, el iconoclasta despeja el terreno para que despierte la conciencia. Y en esa misión, la política partidaria le estorbaba y podía convertirla en un discurso de encomio al poder.

Además, el discurso político no se le daba a Ramón. Hacia 1979 recibió una invitación para dictar algunas conferencias en universidades del sur de los Estados Unidos. Muy serio llegó a mi casa para mostrarme el borrador de una de ellas. Su hija María, que es bailarina, radicaba en aquel país y él se había esmerado en elaborar un texto cuidadoso para no generarle problemas políticos o migratorios. El escrito comenzaba más o menos así: “Todos los tiranos odian la cultura. Por eso Nerón mandó incendiar Roma.” A medida que lo leíamos, él me proporcionaba algunas claves. “¿Ves? Nerón es una metáfora de Nixon y Roma es Viet Nam.” Hasta ahí, muy estratégico, pero ya en la segunda página se manifestaba con toda su fuerza y sin pudor

el pensamiento genuino del poeta. Repito de memoria lo poco que recuerdo: “Sepan que yo nunca he confundido al noble pueblo estadounidense con sus gobiernos imperialistas y genocidas que han cubierto de sangre al mundo y en especial a los países latinoamericanos.” Me reí con él. “¿Para qué tan estratégico y diplomático en la primera página si en la segunda ya les lanzas todo el veneno que se merecen los dominadores? A la CIA no le interesa tu opinión sobre el pueblo estadounidense sino lo que piensas sobre su gobierno.” Él y Ofelia, su esposa, después de algunas adecuaciones al documento se marcharon a Guadalajara para gestionar la visa y luego continuar en tren el periplo. El gobierno de Estados Unidos no se enfrentaba en aquel entonces al “terrorismo internacional” sino a restañar las heridas de su derrota en el sudeste asiático, pero al igual que sus autoridades lo han hecho desde antes de McCarthy, el cónsul encontró que este intelectual ciudadano de México era peligroso para la estabilidad del país del Norte. No se le autorizó una visa para hacer el viaje.

Quizá Ramón entendía que crear obras de arte, como escribió Heidegger, equivale a la realización de otras obras como “el hecho fundacional de un Estado” o el “sacrificio esencial” que practicaban algunas civilizaciones. Su compromiso histórico era con los aztecas y sobre todo con los puréhechas. Se comenta que en una de las clases que dictaba en la universidad michoacana estaba pleno de entusiasmo relatando la forma en que los primitivos habitantes de este suelo dedicaban la sangre de sus mejores jóvenes para alimentar el sol. Una alumna con frivolidad habría exclamado: “¡Profesor, eran unos bárbaros!” “No te preocupes, hija, que si hubieras vivido en aquellas épocas te habrías salvado. Sólo sacrificaban a las bellas”. Su palabra podía pasar de la ternura a la brutalidad, y en eso radica el ímpetu arrobador de sus transgresiones. Hay académicos que desearían tapar con una cobija todo lo que contradijera la imagen inocua de un humanista neutro. Esas intenciones samaritanas sólo servirían para forjar una estatua de bronce del poeta michoacano para colocarla junto a la fuente de las tarascas y que nada tuviera que ver con la vitalidad explosiva de aquel Ramón que conocimos.

En una ocasión me comentó que “por casualidad”, según él, había descubierto una escultura del dios del fuego puréhecha al pedir agua para beber en una casa de Pátzcuaro. Fue entonces que vio con asombro que la fuente del patio ostentaba a la deidad sin que el propio dueño de casa tuviera noción de la reliquia que atesoraba. De inmediato le dijo a Ofelia que debían comunicar el descubrimiento al

Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Luego me explicó esa presunta “casualidad”. Desde treinta años antes del descubrimiento él había estudiado los planos de la gran yácata que se erigía antiguamente en el lugar y había determinado que el altar mayor se encontraba en las inmediaciones del solar de referencia. Inclusive, tomando en cuenta descripciones de cronistas había solicitado a su hijo Ramón, de oficio pintor, que le dibujara a Kurikaueri, del que no existían imágenes. Gracias a esa “casualidad”, hoy se puede admirar su representación escultórica en el Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México. En definitiva, se reconoce lo verdadero porque de alguna manera ya se lo conoce.

Mi intención ha sido establecer un diálogo con Ramón, que por ahí anda todavía y su inconfundible voz familiar me resuena a menudo. Ramón era íntegramente la poesía. Sentado tomando un café en los portales de Morelia generaba de inmediato un escenario en que se podía escuchar al vate, no en una declamación sino en una chispa instantánea que deslumbraba los ojos adormecidos de los presentes. Luego, esa proeza de la palabra de cuerpo entero se convertía en una anécdota, casi siempre teñida de la irreverencia que lo acompañó toda su vida. Pero las anécdotas no figuran en curriculum vitae alguno; por eso es que los embalsamadores de poetas quieren separar la parte “seria” de su producción escrita de lo accesorio que se cuenta acerca suyo. En el caso de Martínez Ocaranza eso es imposible. Me recuerdan esos embalsamadores a las opiniones de Hegel cuando se refería con desprecio a los filósofos llamados perros: son puras anécdotas. Diógenes el cínico –un perro preclaro– se enteró de que los platónicos habían encontrado una definición genial del ser humano: es el único bípedo implume, el único animal de dos patas que no tiene plumas. Tomó entonces un gallo, le quitó las plumas y se los tiró revolteándolo por encima del muro que circundaba la academia: “ahí tienen al hombre de Platón”. Con sus puras anécdotas los cínicos han enseñado a pensar a muchas generaciones. De igual modo, jóvenes que no conocían la poesía escrita de Ramón se acercan ahora a leerla porque escucharon hablar de su poesía como estilo de vida, que ahora se ha convertido en esa leyenda que como un fantasma recorre Michoacán. 🐾

¹Texto leído en el homenaje público al poeta michoacano Ramón Martínez Ocaranza.

²Martin Heidegger (1995), Caminos de bosque, Madrid, Alianza Universidad, traducción del original (Holzwege) Helena Cortés y Arturo Leyte.

³Ramón Martínez Ocaranza (1997), El libro de los días, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

⁴Ramón Martínez Ocaranza (1981), Patología del ser, México, Editorial Diógenes.